
Claros del bosque, una filosofía de la Noche del Ser

*«La palabra que un ser humano guarda como de su misma sustancia...»
«Y se presiente y, aun se la ve, como profetizada en algunas criaturas no
humanas, en algunos animales que parecen llevar consigo una palabra que al
morir están al borde de dar a entender. Y también en la quietud inigualada de
las bestias que miran el sol como si fueran sus guardianes, imágenes que el arte
ha perpetuado en la avenida del templo de Delos, por ejemplo.»*

I

Entrar en la tiniebla del vivir, del obrar, del existir, y tratar de expresarlo, no es entregarse a una simple divagación «lírica». Es objetivar, educar a tal punto la tangencia del don espiritual que ciertas realidades limítrofes se dibujen, se vayan revelando.

La polaridad pasiva y activa, la alternancia de esta actitud que espera y obra hace que María Zambrano, sabio rbdomante, emprenda su viaje hacia la verdad.

Y tanto en el bosque de los arquetipos mentales, del lugar común, de la oscuridad, del no saber, de la angustia y del terror animal nuestra autora orienta sus antenas para lograr la palabra justa de la más alta lucidez humana. La *silva*, la *hyle* material y espiritual exige decisión, valentía para decir aquello que el límite, la némesis interior impide, frena porque sabe que se puede convocar al destino, a la terrible Ananké.

Sin embargo, en la inducción de María Zambrano se conjetura esa condición casi experimental del hombre: «Todo lo vivo parece estar a ciegas, ha de ser visto antes y después, nunca en el instante mismo en que se mueve, si no ha llegado a conseguirlo por una especial destreza. El ver que se da en un disponerse a ver: hay que mirar y ello determina una detención que el lenguaje usual recoge: “mira a ver si...” lo que quiere decir: detente y reflexiona, vuelve a mirar y mírate a la par, si es que es posible.»

Ver en la noche, esa condición de la profecía y la locura, emparenta a María Zambrano con el desatinado peso seguro intento de los mitos: Casandra, Tiresias, Linco. El cercenamiento es condición *sine qua non* de estos desdichados héroes. María Zambrano ha pagado un alto precio y mantiene la lucidez heroica. No la dudosa lucidez del héroe; la del santo, la del poeta, mucho más dignas en época en que el heroísmo bélico ha revelado sus mezquinos intereses.

Con el lenguaje oscuro de un Lycofrón en sus momentos poéticos más felices, María Zambrano argumenta: «Parece que sea la ceguera inicial la que determine la existencia de los ojos, el que haya tenido que abrirse un órgano destinado a la visión, tan consustancial con la vida, como la vida lo es de la luz. Y los ojos no son bastante numerosos, y al par, carecen de unidad. Y ellos por muchos que fueran no darían

tampoco al ser viviente la visión de sí mismo. Y así busca siempre verse cuando mira, y al par se siente visto: visto y mirado por seres como la noche, por los mil ojos de la noche que tanto le dicen de un ser corporal, visible, que se haga ciego a medida que se reviste de luminarias centelleantes. Y le dicen también de una oscuridad, ve lo que encubre la luz nunca vista».

De la *lux-tiniebla* a la *lux-cegadora* transcurre el itinerario de *Claros del bosque*, libro tan singular en nuestros tiempos. La imagen y el mito de la medusa y la del Querubín sintetizan esa polaridad inicial y final que María Zambrano nos propone para la reflexión de la tiniebla y de la luz inicial y final de su itinerario. «Aquí y ahora, en el mar —nos dice— el animal nombrado medusa ofrece algo así como un vaciado del cráneo: una membrana que hace pensar en la pía mater o en la dura mater, envolturas de nuestro cerebro... Un esquema... del sistema nervioso incompleto... es la visión del origen remoto de la sede del sentir y del pensamiento, o bien de un designio que se ha quedado detenido, de un sistema nervioso y cerebro, albergue de un otro modo de pensamiento. Figura del abismal terror originario.»

La total eliminación de la ceguera y a la vez la deslumbrante luz de la muerte está en el polo contrario, el Querubín. De la transparente ceguera de la medusa a la deslumbrante omnividencia del Querubín transita esta teología de lo invisible que se revela a través de lo visible. «Y aparecen las alas del Querubín, sembradas de innumerables, centelleantes ojos. Un ser de las alturas, de la interioridad de los cielos de luz, que aquí sólo en imagen se nos da a ver; alzadas las alas, inclinada la cabeza, imponiendo santo temor al anhelo de visión plena en la luz que centellea en los ojos de la noche.»

El tercer polo entre estos dos extremos es la belleza, la belleza mediadora. Mario Praz en su *Romantic Agony* escribió bellas páginas sobre esta figura ambigua; a ellas podemos agregar las de María Zambrano: «De las figuras del terror, la arcaica medusa se destaca por su belleza y por su ambigüedad. Para acabar con ella, logrando más que su muerte, su metamorfosis, le fue necesario a Perseo el don revelador de Atenea, el espejo que permitía al héroe no mirar directa esa belleza que paralizaba —¿la belleza misma acaso?»

La exploración de María Zambrano ataca otros medios de conocimiento. Es por ello que el «espejo de la medusa» la subyuga: «la razón racionalista —nos dice—, esquematizada, y más todavía en su uso y utilización que en los textos originarios de la filosofía correspondiente, da un solo medio de conocimiento. Un medio adecuado a lo que ya es o a lo que a ello se encamina con certeza; a las «cosas» en suma, tal como aparecen y creemos que son. Mas el ser humano habría de recuperar otros medios de visibilidad que su mente y sus sentidos reclaman *por haberlos poseído alguna vez poéticamente, o litúrgicamente, o metafísicamente.*»

A esta condición del hombre que une su inicio y su final en un terror a lo desconocido se opone la condición del *sacrificio* y la maravillosa disponibilidad del *amor*. Sólo el amor que se entrega poderosísimo e indefenso logra vencer el terror inicial y final porque escapa al tiempo: la experiencia del sacrificio, cruento o incruento, es iluminada por el don del amor: «Y sólo si el amor no huye, el terror se retira» —nos dice la autora. «Pues el amor tiembla porque pide, y con sólo que alcance el no pedir nada, ni tan siquiera la nada, se descubre en su condición estática, fuera

del transcurrir temporal, sin proyección sobre el futuro, ni hacia el pasado. Sin sombra, pues.»

El cuerpo que entraña la imagen, la necesidad de representar con su aparición y desaparición, es el signo bajo cuya apariencia se cumple la existencia humana. El gesto, su enmascaramiento cumple una ley: «Y con ellos —dice la autora— con sus indescifrables atavíos, el terror y el amor que inspiran según esas dos leyes, o esa única ley dual del terror y del amor, que rige la vida que nos envuelve».

En este itinerario quedaba la pregunta culminante. La pregunta por el sentido de la vida que María Zambrano formula del siguiente modo: «¿Procede el terror de la vida, de lo viviente del ser, o es acaso del ser al despertar el viviente a una vida más alta, del ser inaccesible, hermético?»

Hermes, el Hermes Psicopompo da una respuesta mediadora, pero no dice una última palabra. María Zambrano se interroga: «Se podría preguntar en términos de mitología griega si Hermes, el dios que siega la vida y la conduce hacia allá, viene como emisario del ser. Si es del ser de donde la vida recibe su muerte, como parece desprenderse del mutismo de la Mitología y del silencio de la mayor parte de los filósofos, roto, cierto es, por los estoicos, y afrontado en plenitud por Platón, filósofo del eros mediador». Lo mismo sucede con la pregunta al amor. Y se responde: «Mas preguntar no se puede cuando se siente y se sabe que el amor procede al par del ser y de la vida, y los une en nupcias múltiples».

La pregunta entre el amor preexistente y el amor condición connatural al hombre resuena como un enigma en las últimas páginas de este bello libro. ¿Lo pensamos, lo imaginamos porque no podemos concebirlo de otra manera; o fue ese *Amor che muove el sole e l'altre stelle?* la respuesta está dicha de otro modo. Es el *Kallós* de toda vida como lo veían los griegos; el enigma cumplido bellamente: «Quedaba la belleza mediadora», nos dice nuestra autora.

¿Bello libro de imágenes que tocan lo limítrofe, lo incierto? Sí, es verdad. Pero también imágenes plenas en su belleza icónica, dignas de contemplarse y volverse a contemplar acercando desgarradas preguntas que nunca cesarán de ser el alimento, la angustia y el consuelo del hombre. Si la palabra es sólo un consuelo o un mecanismo más propio de nuestra naturaleza, allí está la palabra no dicha, la mirada remota, el sol que sigue, las intuiciones de otro tipo de conocimiento que los hábitos del hombre han dejado escapar pero que larvados siguen preguntando. Y así surge aislado, desnudo, este libro de imágenes resplandecientes; conocedor de su relatividad en el tiempo, pero despojado en la eternidad unitaria de su necesidad y de su aliento: «la imagen, aun considerada en sí misma —dice la autora— es múltiple, aunque esté sola. La conciencia la sostiene sabiéndola imagen. Y la posibilidad se abre a su lado; podría ser diferente y es quizá así, tal como se da a ver. Su ser de abstracción no le da fijeza, más que cuando un intenso sentimiento se le une. Y entonces asciende a ser icono: e icono forjado por el amor, por el odio, por el concepto mismo, especialmente cuando la imagen encierra la finalidad». Las imágenes de María Zambrano cantan la libertad y esa ley íntima de una ética más alta en la que Antígona creyó. Libro del corazón, reflexión sobre ese *esycasmo* que en su diálogo alimenta lo más puro y duradero del hombre.

Una posible respuesta a los dualismos dialécticos de María Zambrano la daría el gran Spinoza, el desterrado de patria y religión que tuvo que construir su morada en la más dura intemperie. Resume Carl Gebhardt: «Como Dios, el *eros* también es inmanente al mundo: el amor con que amamos a Dios es el amor con que Dios se ama a sí mismo. Así como Dios conoce y obra en nosotros, así ama en nosotros. El mundo se hace divino. Dios en la naturaleza fue el primer pensamiento en la teoría espinociana, la naturaleza en Dios es su último pensamiento».

Una de las etapas de la iluminación de los *mystos* era la *epoptéia*; otra la *fatagogía*. Franz Cumont nos va llevando a través de esas etapas al estudiar el egipcianismo de Plotino. El itinerario de progresiva iluminación culmina en el reino de la luz absoluta, única e inexpressable. María Zambrano coincide espiritualmente con este momento de sincretismo religioso que, a través de las actitudes de adoración del hombre —y de actitudes analógicas en el mineral, el vegetal, el animal—, trata de interpretar las actitudes primordiales que caracterizan el mundo del ser y de la vida. Su actitud presupone un saber innato que surge programado como una revelación del ser. Ese saber tiene muchas vías de acceso inexploradas aún por las filosofías y su materia riquísima no es aún comprensible ni ha sido debidamente explorada. Quizá la genética y la antropología sean una mirada a esos nuevos mundos que el filósofo advierte más que conoce. Naturalmente que ese saber comparte los prestigios de una expresión poética y filosófica, signos deleznable para el ojo divino. Lo que nuestra autora advierte es que de ese magma de la oscuridad puede nacer un pensamiento que explore poéticamente el universo según leyes rigurosas y propias. Este es un conocimiento que por el momento tiene expresión oracular en donde se expresa de manera ambigua una oscura revelación. El mito y la profecía, la videncia que tienen su expresión y sus «razones» en la paradigmática *Casandra* de Licofrón nutren de una manera distinta a María Zambrano. Pavese intenta el mismo camino en su arduo *Dialoghi con Leucò*. Los mitos razonan su poder y su evidencia sagrada. Apenas la libertad del hombre es la imaginación y la belleza. Avida de los dones del conocimiento, María Zambrano persigue el pensamiento y las actitudes, el obrar inconsciente, hasta los umbrales de la muerte. El *Himno Acatista*, *El cántico de las criaturas*, momentos carismáticos que dejan vislumbrar esa continuidad de las religiones misteriosóficas que Simone Weil puntualizó en su *Attente de Dieu*. Su mundo refleja la indagación inteligente en ese mundo oscuro y auroral que *ve* pero a la vez *implora* como una gracia la revelación de la luz única e increada.

II

María Zambrano nos propone una filosofía vivenciada, a partir de un «antes» que toca la teología, lo que podríamos llamar una psicología metafísica.

Esta obra se inscribe, a mi juicio, en la tradición del más puro espinocismo. Sólo la identidad de Dios y naturaleza puede dictar las imágenes en que los enmascaramientos —el despertar, la luz, la historia, la palabra— son más o menos adecuados para esa potencia que se revela antes de la representación, de la imaginación y de la palabra

en su exacta, en su exacta necesidad. La preside esa infinitud que sólo puede estar indefinidamente unida a la esencia divina.

La vida de María Zambrano parece signada por el peso de un destino que le obliga a revalorizar —como en el gran marrano— su religión, su patria, su condición de destierro— y a no perder en la aventura los modos del alma, los afectos del corazón que ponemos ante los pies de Dios. Extraña condición de los únicos, del hombre en soledad que construye con todo el dolor y la alegría humanos. Sólo que María Zambrano, lejos de atenerse a la inmanencia, describe el itinerario de ésta, su asedio a la trascendencia. Inscripta en la tradición de la mística occidental, compone en sus metáforas la necesidad del ser y el acto, la virtud activa y pasiva que crean las polaridades de los místicos en su iluminado itinerario. María Zambrano abre una mirada auroral al misterio del ser: «Todo es revelación, todo lo sería de ser acogido en estado naciente». Y esa revelación se cumple en el despertar, el nacimiento, la respiración, la conciencia del ser escondido, la salida del alma, el abrirse de la inteligencia, el deslizarse de las imágenes. Un rigor metódico preside cada uno de los ciclos y es, en ese rigor metódico, donde quiero detenerme. Esto no significa la moderna idolatría del método: la materia es demasiado poderosa como para invalidar cualquier método por estructurado que parezca. Pero lo intento para descartar una imagen de pura irracionalidad o de argumentación que se sostiene sólo en el poder poético de la imagen. Desde ya que la expresión de María Zambrano es poética, pero su belleza nace justamente en los momentos más felices de su obra cuando su obra roza el límite de la verdad, en esa inminencia que sólo la experiencia filosófica hondamente personal puede alcanzar. El centro de todas estas disquisiciones es captar el alma del tiempo, de *un tiempo*, el momento entre un *antes* aludido y un *después* que queda resonando, en tal situación la aspiración a una *mística de la inminencia*.

En cuanto al hecho de que María Zambrano sabe trazar las genealogías que van del mito antiguo al misterio cristiano nadie puede dudarlo. Su temperamento místico adivina en los signos. Así en esta carta con motivo de la Pascua de Resurrección dice: «He asistido la noche del 21 al 22 a la iglesia rusa de Ginebra. Cuánto debe de haber en ella sin necesidad de influencias históricamente constatables —lo que por otra parte puede haber— de los sacros Misterios de Eleusis y a través de Isis y Osiris, lo que para nosotros no es historia, sino *supra, meta, infra* historia grabada en las entrañas por el Espíritu Santo o en las suyas al buscar encarnación en nosotros. Ese parto redentor. *Ese ancillae.*» (Carta 24 de abril de 1979). El amargo cáliz de España ha sido gustado, por María Zambrano: «¡Ay España, España con tu inagotable cáliz! Por un momento parece posible ser español y en seguida aparece la imposibilidad». (Carta 30 de mayo de 1979).

Libro de experiencia, *Claros del bosque*, reflexiona sobre lo que María Zambrano vive y es: «la plegaria nace de ese centro a veces sin palabras fundida con la que nace por mis seres queridos». «Justamente en septiembre, el día del Dulce Nombre de María, llegué ese año que nunca será lejano a encontrar a mi madre en París. El viaje era entonces casi imposible y gracias a la amistad pude hacerlo en avión desde La Habana, con escala breve en Vigo para llegar dos días después de su sepelio. Lo insondable del misterio del dolor se me reveló entonces para siempre». María

Zambrano sabe del misterio del dolor animal de ese gesto sólo comprensible para el que ha escrutado la relación del *ser* y la *encarnación* en su dolorosa prueba. El ser humano dice: *Ecce Agnus Dei...* «En una metopa, creo que en Eleusis, está el «Belier». Y su aliento, fuego sagrado —Agni— desde los Vedas atraviesa dioses y héroes, avatares, tragedia, y en Cristo se reúnen el Espíritu Santo —fuego— y el cuerpo.» (Carta 30 de septiembre de 1980).

El ser humano refleja en su cuerpo de muerte esa cifra perfecta que mira en el misterio del ser. A esa última máscara, la más desnuda, la más reveladora consagra María Zambrano bellos fragmentos. Queda la pregunta, ¿es de nuestra mera condición carnal que proviene la fantasía, la imaginación, cuanto somos y obramos? ¿O proviene del ser? Esta forma humana condicionada para defenderse del terror puede ascender como pura especie en la actitud de adoración, en su aspiración a lo eterno. Así queremos creerlo, hacia ello nos dirigimos. Y María Zambrano nos conduce de la mano.

HÉCTOR CIOCCHINI
Talcabano, 57 6.º 26
1013 BUENOS AIRES (*Argentina*)